

Obligado por estas preguntas, la declaró el robo que había descubierto; y entonces ella le contó minuciosamente la historia, añadiendo que el dinero ya estaba en su sitio, pues aquel mismo día se lo había vuelto Martín.

El mesonero volvió inmediatamente á la ciudad á dar á su hijo explicaciones de la equivocación y pedirle que le perdonara; pero el hijo estaba muy herido... No ya los malos tratamientos, sino la desconfianza y el mal juicio que de él había hecho su padre le habían llegado tan al alma, que no fué posible hacerle deponer su enojo.

Había resuelto en su interior expatriarse, y á los pocos días se marchó á América.

Con lo cual su madre no volvió á tener día bueno: dió en adolecer, adolecer, hasta que murió hipocondriaca.

Bien pagó la infeliz su necia cooperación al engaño del criado.

Este, en cambio, se ha enriquecido, y vive muy á gusto sin haber pagado nada hasta ahora...

Ya lo pagaré, que no es Dios viejo.

ROSENDA Y RUDESINDA

I

Siempre estaba triste la hija de Colás el rico nuevo.

No había para ella día, ni hora, ni momento agradable.

Aun cuando alguna vez llegara á olvidarse algo de sus penas y la sonriese un poco la felicidad, no podía entregarse á ella por completo ni abandonar del todo su aire de víctima, porque la había dicho otra cursi en el colegio del Sagrado Corazón, que era de buen tono estar siempre algo triste.

Verdad es que, aparte de esta causa, muy poderosa en ella, dado su perpetuo afán de parecer elegante, no la faltaban motivos de tristeza.

De modo que, entre uno y otro, la pobre criatura se ponía insufrible.

Y no la entristecía tanto el no ser hermosa, que no lo era si se ha de decir la

verdad, como el que su familia no fuera noble y distinguida.

¡Ay! ¡Qué familia la suya!...

Su madre, sin ir más lejos, era una tarasca... Su padre tenía todo el aspecto de un cavador, que era lo que hasta poco antes había sido... Y la niña se quejaba amargamente de esta desgracia lanzando suspiros lastimeros á cada instante.

—¡Díos mío!—decía una noche delante de su armario de luna.—¿Por qué ha de ser mi madre tan pandorga siendo yo tan delicada y tan fina?

Y la reflexión llegó á apenarla tanto, que se la saltaron las lágrimas.

—¿Por qué lloras, hija de mi vida?—la decía su madre, que la sorprendió limpiándose los ojos.—¿Qué te aflige?... ¡Pues si tenemos tanto dinero, hija mía!... ¡Si puedes tener todos los vestidos que quieras y todas las joyas que se te antojen!... ¿Qué te falta?... ¿No eres feliz?...

—No, mamá; no soy feliz—contestaba ella con voz doliente.—No soy feliz, y tú tienes la culpa de que no lo sea.

—¿Yo, hija de mi alma?... Pues si no pienso en otra cosa más que en complacerte y en contentarte.

—Sí; pero eres muy ordinaria, y me haces sufrir mucho con eso. ¿Te acuerdas del verano pasado cuando fuimos á aquella rome-

ría con don Angel Caballero?... Ya ves, como conoce y trata á toda la buena sociedad, yo me esmeraba en hacerle creer que nosotros también éramos gente distinguida, y me desmayé y todo, porque en el colegio la oí á Ifigenia que las señoritas debían desmayarse alguna vez para parecer finas y delicadas... Pero luego tú, cuando comimos en aquellos prados que estaban algo en cuesta, te echaste á rodar y diste tres vueltas ó cuatro... ¿Qué diría?...

—Pues perdóname, hija, que no lo volveré á hacer.

—Y además, eres tan habladora y tan poco mirada para hablar, que á lo mejor podrá enterarse cualquiera de que primero estuvisteis en situación humilde y baja. El otro día, cuando fuimos á visitar á la señora del gobernador, ya ves, allí, que habías de haber estado muy reservada para que creyese que éramos más que ella, en seguida empezaste á decir:—«Cuando estábamos nosotros en la mina *Eufrosia*...»—«No, mamá—dije yo saliendo en seguida á cortarte:—si la mina donde estaba papá de ingeniero jefe se llamaba *Adela*, como la abuelita... tú te confundes... *Eufrosia* te ha quedado de que se llamaba así la mujer del capataz... ¿no te acuerdas?»—«No, hija mía—insististe sin darte por entendida:—que la mujer del otro capataz se llamaba

Rosenda, como tú.»—«Esa era la del de la otra mina, de la *Consuelito*, de que también era ingeniero papá»,—tuve yo que decir á toda prisa, dándote un codazo al mismo tiempo para que lo acabaras de entender; porque si te dejo, en un instante hubieras enterado á la gobernadora de que habíamos vivido en una mina donde estaba de capataz mi padre. Y eso que bien claro lo diste ya á entender con aquello que dijiste de «la mujer del *otro* capataz»; como quien dice: el otro, porque el uno era mi marido.

—Yo no reparé, hija mía.

—Es claro, nunca reparas... Y luego también la dijiste que la mujer del otro capataz se llamaba Rosenda, como yo, para que creyera que había sido mi madrina... Y bastante malo es que lo fuera, cuanto más el que tú lo andes publicando...

—Deja, hija mía—dijo muy compungida la mamá,—que yo tendré cuidado en adelante.

—No, no le tendrás—la replicó la hija,—ya sé yo que no le tendrás, porque parece que á tí y á papá no os da más por esas cosas, ni os importa que yo sufra...

—Pero, hija, ¿cómo dices eso, cuando sabes que te queremos tanto, que tenemos los ojos puestos en tí y que no pensamos más que en que estés contenta?

—Sí, me querréis, no digo que no; pero como si no me quisiérais, porque no me comprendéis, no podéis comprenderme... No tenéis bastante inteligencia, y además estáis muy mal educados... La madre Beaumont es la que me ha comprendido á mí... Por eso decía á todos que yo tenía muchísimo talento...

II

Pero lo que la entristecía más de todo á aquella pobre cursi, era su nombre.

Se llamaba Rosenda, nombre que por lo basto y vulgar consideraba ella como una verdadera desgracia.

Y lo mismo su madre, que no se consolaba nunca del descuido de haberla dejado bautizar con él, ni perdonaba medio para ver de cambiársele por otro más fino.

—¡Pobre hija de mi alma!—decía la mamá en momentos de expansión á un joven idiota y pretendiente.—No es feliz ni lo puede ser esta hija de mi corazón... A pesar de ser tan hermosa, porque ya ve usted que... no es porque lo diga yo que soy su madre, pero es muy guapa... Y además muy rica... Como que tiene su padre para ella tres millones de reales... Pues con todo eso no es feliz, por haberla puesto ese

nombre tan ordinario. ¡Mire usted que á una criatura preciosa como mi hija irla á poner Rosenda!... Yo, como estaba tan mala, porque era la primera vez que daba á luz, no pude cuidar de que la pusieran un nombre más apropiado á su clase; y como la madrina, que era la señora de un compañero de mi esposo, de otro ingeniero, se llamaba también Rosenda, fué y la puso ese nombre, que hubiera sido bueno para una criada, pero no para mi hija.

Esta explicación que daba Matea, la mujer de Colás, no era verdad más que hasta cierto punto. La madrina había sido efectivamente quien había hecho poner su nombre á la hija de Colás; pero no era ingeniera, sino capataza; porque el compañero de Colás por aquel entonces era otro capataz, como él, de los trabajos de una mina.

Tampoco era verdad que el mal estado de salud de Matea la hubiera impedido enterarse del nombre que iban á poner á su hija, sino que aún no se la habían despertado las aficiones ridículas de grandeza que se la despertaron después, y la parecían buenos todos los nombres.

—He oído yo que el señor Obispo, cuando confirma, puede cambiar el nombre á las personas,—indicó tímidamente el joven incauto.

—¡Ay, Santiaguito! Ha oído usted muy bien—le contestó la señora de Colás con voz dolorida;—pero ni eso nos vale, porque tenemos la desgracia de que Rosenda ya está confirmada... ¿Sabe usted? Las familias de la buena sociedad acostumbramos á llevar á confirmar los niños muy pronto, en seguida de bautizarlos, *ó antes*... Así mi hija fué confirmada de muy pequeña, y dicen que ya no se puede volver á confirmar, porque ese Sacramento imprime carácter; cosa que yo casi no puedo creer, porque mi esposo también está confirmado, y, la verdad, no tiene carácter ninguno: tan pronto dice una cosa como otra... Pero el caso es que no se puede repetir la confirmación, y la desgracia de mi hija no tiene remedio.

—Acaso acudiendo al Papa...—volvió á insinuar el joven insustancial y fino.

—También hemos pensado ya en eso—le replicó Matea,—y ya mi esposo ha preguntado en una Agencia de *creces*, á ver si es posible conseguirlo, y han quedado en darle la razón. Y crea usted que como se pueda alcanzar, aunque nos cueste un ojo de la cara, no lo dejamos... Porque esa criatura no vive de pena, y á cualquier precio quisieramos sacarla de la tristeza y la melancolía en que se consume... Ya ve usted: sus hermanas pequeñas, todas tienen nombres

bonitos, porque ya he podido yo cuidar de eso. Elisa, Raquel, Transfiguración, Enriqueta... Pero ella, la pobre...

III

Un año por la primavera se la antojó á Rosendita venir á la corte, porque una compañera de colegio la había dicho que ese era un requisito imprescindible para figurar entre la gente elegante, y su padre no tuvo más remedio que darla gusto.

Escribió á un amigo encargándole que les buscara habitación en un hotel bueno, y el amigo se la buscó en el hotel donde vivía otro amigo suyo que era diputado, Luis Lara, con el cual había almorzado y comido allí varias veces, pareciéndole la mesa y todo lo demás muy aceptable.

Llegaron: don Sebastián, que así se llamaba el amigo á quien habían encargado buscarles alojamiento, les llevó al hotel, les presentó á Lara para que tuvieran desde luego con quién hablar en la mesa, y les dejó, á su parecer, bien instalados.

Pero la melancólica Rosenda comenzó á encontrarlo todo defectuoso y pobre y desproporcionado á su condición y á su altura.

Cuando concluyeron de almorzar, Luis Lara, que es por quien yo he sabido los

principales detalles de esta historia, salió con ellos del comedor y les acompañó hasta el cuarto. Le hicieron pasar, y aprovechando el padre la ocasión de dejar á su hija acompañada, se fué á la calle á hacer unas compras.

—¡Ay, don Luis!—decía ella unos momentos después á Lara, con un tono sentimental y cursi que había sido de moda allá hacia el año de 1837,—vamos á tener que mudarnos de hotel... Lo siento por usted, ya que hemos tenido el gusto de conocerle y es usted tan simpático...

—Muchas gracias.

—Pero nosotros no podemos estar aquí.

—¿Por qué?—la preguntó Lara.

—¡Ay!... Porque ¿no ve usted que es todo tan viejo? (Estupefacción de Luisito.) La alfombra de la escalera está tan pisada...

—Naturalmente, como que para eso la pondrían... Y luego, ya ve usted, estamos en Abril, la habrán puesto en Noviembre, ha hecho servicio todo el invierno, y como sube y baja tanta gente... La quitarán ya de un día á otro y pondrán una esterilla de verano; de manera que si no es más que por la alfombra, creo que no deben ustedes marcharse.

—¡Ay!... Pero, mire usted, por pocos días que esté puesta esa alfombra tan vieja... como nosotros tenemos que recibir

tantas visitas... Vendrá la marquesa... regularmente...

—¿Qué marquesa?—estuvo para preguntarla Luis; pero se contuvo y se limitó á decirle sonriendo:—Crea usted que aquí vienen todos los días marqueses y duques; y aun algunos viven en el hotel, sin que la alfombra les parezca tan mala.

—¡Ay!... Pero crea usted que cada uno á lo que se acostumbra, y nosotros no estamos acostumbrados á ver cosas tan deslucidas...

A lo cual ya Lara no se tomó el trabajo de replicar, porque creyó completamente inútil andar en más contestaciones con una criatura que le parecía tonta del todo.

El caso fué que aquella misma tarde, al oscurecer, dejando feo al pobre don Sebastián, que les había tomado la habitación, se trasladaban el padre y la hija del hotel X al hotel Z, cuya alfombra la pareció á ella mucho más nueva, porque la vió á la luz artificial, y allí quedaron esperando la visita de la marquesa... que no era marquesa, sino amiga de un marqués trocado, que se preparaba para dar y que al cabo dió al padre un sablazo tremendo.

Unos días después, aburrida la pobre muchacha en el hotel Z, porque era muy oscuro... y porque además llegó á saber de cierto que en el hotel X, donde habían es-

tado antes, vivía un duque que era senador, y un conde que era diputado, y otras muchas personas distinguidas, quiso volverse al hotel X sin reparar en lo pisada que estaba la alfombra, y envió á su padre á preparar el traslado.

Pero el dueño del hotel X no quiso recibirlos, pretextando que no tenía habitaciones.

—Ahí tiene usted—decía luego don Sebastián comentando con Luis el intento de vuelta frustrado por la negativa del fondista,—ahí tiene usted una pobre muchacha que es víctima de su mala educación y de su riqueza...

—Y de su tontería—añadió Lara.

IV

Al verano siguiente se fueron Colás y su familia á veranear á Escobales, un pueblo de la Montaña.

La primera visita que recibieron apenas acababan de llegar, fué la del veterinario Juanillo, que era á la vez secretario del Ayuntamiento y sacristán de la parroquia.

Este Juanillo había ido á la ciudad á estudiar para cura; pero á lo mejor se enamoró de la criada de la patrona y ahorró los libros.

Los de Teología, se entiende; pues, por

lo demás, como no le pareciera bien después de haber pisado aceras volver de nuevo á estripar terrones, al dejar la carrera eclesiástica quiso hacer otra aunque fuera corta y humilde, y como hubiera allí Escuela de Veterinaria, se matriculó en ella para salir á «médico de los burros».

Fuése luego á ejercer su profesión á Escobales, y como no le daba mucho que hacer, ni aun extendiéndola á veces á los bípedos, porque unos y otros solían gozar de buena salud, aceptó la plaza de sacristán, aprovechando así sus conocimientos en la gramática latina.

Y por aprovechar también la parda, en la cual tampoco era lego del todo, obtuvo y desempeñó á la vez la secretaría del Ayuntamiento.

La mujer de Colás, la buena de Matea, se lamentó en seguida delante de Juanillo, como se lamentaba delante de todos, de lo desgraciada que era su hija por la feura de su nombre.

—¡Es un dolor!—le decía.—Esta pobre criatura con tan buenas condiciones para lucir y brillar en el mundo, se ve privada de todo brillo y de todo lucimiento por llevar un nombre tan ignominioso: se llama Rosenda... ¡Pásmese usted!... ¡Rosenda una criatura así!... La pusimos á educarse en el Sagrado Corazón, lo cual nos costó un di-

neral, con el fin de que adquiriera buenas relaciones, porque allí se educan todas las hijas de los condes y de los marqueses; pero no pudo intimar con ninguna... Claro, ya ve usted, ¿qué muchacha distinguida iba á hacer amistad con otra que se llamaba Rosenda?... Ellas que tenían todas unos nombres tan bonitos. Amparo, Luisa, Mercedes, Matilde.... pero sobre todos, el nombre que más envidiaba yo era el de una hija de la condesa del Enredo, que se llamaba Rudesinda... ¡Qué nombre tan fino y tan elegante para una señorita sentimental como mi hija!

—¡Ah! ¿Rudesinda la gusta á usted?—la preguntó Juanillo con extrañeza.

—Muchísimo, y á mi hija también; es su sueño dorado.

—Pues Rudesinda se llama su hija.

—¿Qué me dice usted, don Juan?... ¡Sí! ¡Ay, Dios!... ¡No fuera malo!...

—Malo ó bueno, es como usted lo oye. Si su hija se llama Rosenda, se llama Rudesinda también, porque Rudesinda y Rosenda todo es uno: Rudesinda en latín, Rosenda en castellano.

—¿Pero lo dice usted de veras, don Juan?

—De veras, doña Matea, de veras... No lo dude usted... ¿Tiene usted *Año Cristiano*?

—Aquí no señor; pero creo que le ten-

drá el señor cura, y mandaré á pedirsele.

—Mande usted por el tomo de Marzo...

Trajeron el libro, le abrió Juanillo por las primeras hojas, y dijo á doña Matea:

—Mire usted: 1.º de Marzo, San Rosendo, obispo.

—Justo: en ese día es ese santo antipático, y él me perdone, cuyo nombre tanto me está haciendo padecer...

—Bueno; mire usted aquí: «La misa es de San Rosendo»...; y vea usted aquí más adelante en la oración... *beati Rudesindi confessoris tui*.... ¿Está usted convencida?

—¡Ay! Dios le bendiga á usted, don Juan. No sabe usted cuánto se lo agradezco... ¡Qué alegrón voy á dar á mi hija!

Se fué Juanillo y vino la romántica niña con su habitual tristeza.

—Ven acá, hija mía—la dijo su madre entusiasmada;—déjame que te coma á besos, y alégrate, porque ya no te llamas Rosenda.

—¿Pues como me llamo, mamá?

—Rudesinda, hija mía, Rudesinda, lo mismo que la hija de la condesa del Enredo.

—¿Y quién me ha cambiado el nombre, mamá? ¿El Sumo Pontífice?...

—No, hija mía: el veterinario.

—Pero ¿tendrá facultades para eso?

—Sí, hija mía; porque como es también sacristán y sabe latín, ha descubierto que Rosenda y Rudesinda es todo uno.

—¿De veras, mamá?... ¡Dios mío, y lo que yo he sufrido envidiando este nombre!...